

turos contingentes, de esos que se verifican la mayor parte de las veces? Los conocen conjeturalmente, como el médico conoce si el enfermo se muere ó se mejora. En los demonios esta ciencia conjetural es tanto mas segura, cuanto que ellos conocen las causas mas universalmente y con mayor perfeccion, al modo que las previsiones del médico son tanto mas ciertas, cuanto el sea, mas hábil. Pero lo futuro, en su parte puramente casual ó fortuita, está reservado á Dios únicamente. (1) Tal es la prodigiosa inteligencia de los demonios y la terrible ventaja que les da sobre nosotros.

1. S. Tom., 1 p., q. LVII, art. 3.

CAPITULO XIV.

(CONTINUACION DEL ANTERIOR).

SUMARIO.—Agilidad de los ángeles malos.—Poder de los mismos.—Notable pasaje de Porfirio.

La agilidad. La agilidad de los demonios nos los hace ménos temibles que su inteligencia. Para que el hombre se traslade de un lugar á otro, necesita de un tiempo relativamente bastante largo; minutos, horas, dias, semanas. Frecuentemente le faltan los medios de transporte; otras veces la enfermedad ó la vejez no le permiten moverse. Pero los ángeles malos, lo mismo que los buenos, no conocen ninguno de estos obstáculos. En un abrir y cerrar de ojos se encuentran, segun les place, en los puntos más opuestos del espacio. Así se explica la respuesta de Satanás que leemos en el libro de Job: “¿De dónde vienes? le pregunta el Señor. Y Satanás responde: “Vengo de dar vuelta al mundo: *Circuivi terram.*” Como no hay distancias para los demonios, lo que está pasando en un extremo del Asia lo pueden decir en el extremo opuesto de Europa, y viceversa.

Se comprende fácilmente, que esa agilidad es tan peligrosa para nosotros como incontestable. Es peligrosa: ningun otro medio más poderoso tienen los demonios para hacer que el hombre se asombre, y del asombro pase á la confianza, y de esta á la familiaridad, á la sumision y aun al culto. Es tambien incontestable: ¿quién no admirará los designios de Dios? No hace mucho que una ciencia, de origen sospechoso, jóven de edad, pobre de méritos, pero rica de presuncion, la geología, no parecia nacida sino para atacar el Génesis. Dios dijo entonces á la tierra: Abrete; muéstrale los

restos de las criaturas ocultas en tu seno desde hace seis mil años. Y la geología, batida con sus propias armas; se vió precisada á rendir un testimonio brillante á la verdad del relato de Moisés.

Nuestra época materialista se permitió negar los séres espirituales y sus propiedades. Para confundirla, Dios ha reservado el descubrimiento de la electricidad. Gracias á este misterioso vehículo, el hombre puede hacerse presente, no solo con el pensamiento sino con la palabra, en todos los puntos del globo en imperceptible espacio de tiempo. En vista de semejante resultado, ¿se negará todavía la agilidad de los espíritus?

El poder: Del mismo modo que el cuerpo, precisamente porque es cuerpo, está naturalmente sometido al alma; así el mundo visible, en razon de su inferioridad, está sometido naturalmente al mundo angélico. Desde que se admite otra cosa que la materia, negar esa verdad es contradecirse en los términos. Pues los demonios no han perdido nada de la superioridad ó del poder inherente á su naturaleza. Este poder, lo mismo que el de los ángeles buenos, se extiende á todas las criaturas sin excepcion; á la tierra, el aire, el agua, el fuego, las plantas, los animales y el hombre mismo en su cuerpo y en su alma. Ellos pueden variar los efectos de todas estas cosas de mil maneras que asombran nuestra razon y alarman nuestra debilidad.

Ese poder, esencialmente benéfico en los ángeles buenos, es esencialmente pernicioso en los demonios. Cuando Lucifer esclavizó por el pecado al Rey de la creacion, esclavizó á la creacion entera. Al hombre y al mundo les hace sentir su tiranía, les inocular su veneno, les comunica sus ruindades, y apartándolos de su fin, los hace instrumentos de guerra contra el Verbo encarnado.

Que esta accion malignante de los demonios es real y

tan antigua como el mundo y tan extensa como el linage humano, es una de las verdades que con mayor certidumbre conocemos. La tradicion universal la conserva fielmente, y la experiencia confirma la tradicion. No hay un pueblo, aun entre los más groseramente paganos, que no haya admitido la accion maligna de las potencias espirituales sobre las criaturas y sobre el hombre en especial. Los testimonios auténticos de esta creencia se manifiestan en cada página de la historia religiosa, política y doméstica del linage humano. Tratar esto de fábula seria una locura. Ver locos por todas partes es estar loco uno mismo.

Entre mil testimonios nos contentaremos con citar el de Porfirio. El príncipe de la teología pagana se expresa de este modo: "Todas las almas tienen un espíritu unido y pegado perpétuamente á ellas. Si ellas no llegan á subyugarlo, están subyugadas por él en muchas cosas. Cuando les hace sentir su accion, las induce á la cólera, inflama sus pasiones y las agita miserablemente. Estos espíritus, estos demonios perversos y malignos son invisibles é imperceptibles á los sentidos del hombre; porque no tienen cuerpo sólido. Por otra parte, no tienen la misma forma: sino que presentan muchas figuras distintas entre sí, y estas unas veces se dejan ver, otras se disipan y á veces se cambian, á lo ménos en los que son peores. . . . sus formas corporales son completamente irregulares.

"Y como esta clase de demonios, para saciar sus pasiones, gusta con preferencia habitar más frecuentemente en los lugares más próximos á la tierra, no hay género alguno de maldad que ellos no maquinen. Conjunto como son de doblez y de violencia, se mueven con sutilidad y rapidez, como si saltasen de una emboscada; tan pronto emplean el disimulo, tan pronto echan mano de la violencia. Estas cosas hacen y otras semejantes, para apartarnos del verdadero

y sano conocimiento de los dioses y arrastrarnos en pos de sí." (1)

Entrando á detallar las prácticas de los mismos, el filósofo pagano continúa hablando como un padre de la Iglesia. "Le gusta todo lo que es desordenado é incoherente; se gozan de nuestros errores. El cebo con que atraen á la gente es inflamar las pasiones, ahora por el amor de los placeres, ahora por la avaricia de las riquezas, la ambicion del poder, la sensualidad ó la vanagloria. Así encienden las sediciones, las guerras y todo lo que viene detrás de ellas.

"Ellos son los padres de la mágia. Por eso los que por medio de prácticas ocultas cometen acciones malvadas, los veneran y principalmente al jefe de ellos. Tienen en abundancia vanas y falsas imágenes de las cosas y son eminentemente hábiles en hacer jugar resortes secretos para hurdir engaños. A ellos hay que achacarles los filtros amorosos. De ellos proviene la intemperancia en el placer, y la codicia de las riquezas y de la gloria, y además de esto todas las artimañas del fraude y la hipocresía; pues su elemento es la mentira."

I. Quæcumque animæ conjunctum sibi adhærentemque perpetuo spiritum usque adeo non superant, ut ab eo potius in pleisque omnibus superentur, eae proinde si quando sese spiritus iracundiæ, et cupiditatum æstus atque impetus affuderit, miserandum in modum jactari solent. . . . Dæmones. . . . improbi ac malefici. . . . nec oculis, nec alio quovis humani sensu attingi omnino possunt. Neque enim aut solidum corpus, aut eandem omnes formam, sed plures inter seque distinctas figuras præ se ferunt. Porro suo singulæ spiritu certis propriisque notis expressæ imagines modo apparent, modo evanescent, modo vultum speciemque mutant, ii saltem, qui deteriores sunt.

Atque genus hoc dæmonum, ut in locis terræ vicinioribus cupiditatis splendæ causa libentius frequentiusque versatur, nihil plane sceleris est, quod moliri non soleat. . . . Vehementes ac repentinos ut plurimum impetus habet, insidiisque persimiles, partim ut facilius, partim ut vi, quod sibi propositum est, extorqueat. Apud Euseb., *Præp. Ev.*, lib. IV, c. xxii.

Después de haber hablado de los príncipes de la Ciudad del mal, Porfirio se ocupa de su rey, á quien llama Sérapis ó Pluton. En este punto parece que uno está leyendo, no á un filósofo pagano, ni á un Padre de la Iglesia, sino el Evangelio mismo: tan precisa es la tradicion sobre este punto fundamental. "No somos temerarios al afirmar que los malos demonios están sometidos á Sérapis. Nuestra opinion no se funda solamente en los símbolos y atributos de este Dios, sino más principalmente en el hecho de que todas las prácticas, que tienen la virtud de llamar ó de ahuyentar á los espíritus malignos, se dirigen á Pluton, segun lo hemos hecho ver en el libro primero. Ahora bien, Sérapis es el mismo que Pluton (el rey de los infiernos); y lo que prueba incontestablemente que es el jefe de los demonios, es que él da los signos misteriosos para arrojarlos y hacerlos huir.

"El es, en efecto, el que descubre á los que se lo piden cómo los demonios toman la forma y semejanza de los animales para ponerse en relacion con los hombres. Y de aquí proviene que entre los Egipcios, los Fenicios, y sin excepcion, entre todos los pueblos expertos en las cosas religiosas, se tiene cuidado de romper, antes de la celebracion de los misterios sagrados, los cueros que hay en los templos y de golpear contra el suelo los animales. Los sacerdotes ahuyentan á los demonios en parte por el aliento, en parte por la sangre de los animales, en parte por la percusion del aire, á fin de que desalojando el sitio, puedan los dioses ocuparlo.

"Porque hay que saber, que toda habitacion está llena de ellos. Por esto se la purifica, ahuyentándolos, siempre que se quiere orar á los dioses. Más todavía; todos los cuerpos están tambien llenos de ellos; pues ellos saborean par-

ticamente cierto género de alimento. Así, cuando nos ponemos á comer, no solo se colocan cerca de nuestras personas, sino que se pegan tambien á nuestro cuerpo. De aquí viene el uso de las lustraciones, cuyo fin principal no tanto es invocar á los dioses, cuanto lanzar los demonios. Deléitense sobre todo en la sangre y en las impurezas; y por hartarse, se introducen en los cuerpos de los que á ellas están viciados. No hay en el cuerpo un movimiento violento de sensualidad, no hay en el espíritu un apetito vemente de codicia, que no sean excitados por la presencia de tales huéspedes. Ellos son los que hacen á algunos hombres proferir sonidos inarticulados y sollozar bajo la impresion de ciertos goces que participan con ellos." (1)

Entre todas las verdades que brillan en este pasaje, como las estrellas en el firmamento, hay una sobre la cual llamamos la atención de paso; pues hemos de volver sobre ella: es la profunda filosofía que se encierra en la bendición de la mesa, y la estupidez no menos profunda de los que la desdennan.

1. Improbos dæmones Serapis subditos esse haud temere suspicamus: quippe hanc ad opinionem non ejus tantum symbolis et insignibus aducti, sed etiam quod quæcumque vim eos vel conciliandi habent, vel averruncandi, ad Plutonem omnia referuntur, quemadmodum libro primo ostendimus. Atque idem prorsus qui Pluto Deus iste est.

Dæmones á sacerdotibus partim spiritu, partim animalium sanguine, partim aeris ipsius percussione abiguntur; ut iis ejectis deus interesse velit. Plenæ siquidem eorum sunt ædes universæ, quas ante propterea ipsis ejiciendis expiant, quoties diis supplicaturi sunt. Quin etiam eorundem plena sunt corpora, quod certo quodam ciborum genere præcique delectentur. Itaque accumbentibus nobis non accedunt ipsi modo, sed etiam nostrum ad corpus adhaerescunt; quæ causa est quamobrem lustraciones adhiberi consueverint, non deos potissimum, sed potius ut dæmones recedere atque alio migrare cogantur, & Apud Euseb., Præp. Evang., lib. IV, c. xxiii.

CAPITULO XV.

(CONCLUSION DEL ANTERIOR.)

SUMARIO.—Nuevo rasgo de paralelismo entre la Ciudad del bien y la del mal.—Lo mismo que los ángeles buenos, algunos demonios son tambien encargados de cada nacion, de cada ciudad, de cada hombre y de cada criatura.—Notables pasajes de Platon, de Plutarco, de Pausanias, de Lampridio, de Macrobio y otros historiadores profanos.—Evocaciones generalmente conocidas y practicadas.—Evocaciones de los generales romanos: fórmulas.—Nombre misterioso de Roma.—Naturaleza y extension de la accion de los demonios.—Pruebas: la Escritura, la teología, la enseñanza de la Iglesia.—Palabras de Tertuliano.—El Ritual y el Pontifical.—La Razon.—Pueden ponerse en relacion directa con el hombre.—Los pactos, las evocaciones.—La madera que se anima y habla.—Testimonio importante de Tertuliano.—Consagracion actual de los niños chinos á los demonios.

Aparece de las Sagradas Letras, dice Bossuet, que Satanás y sus ángeles suben y bajan. Suben, segun San Bernardo (1), por el orgullo y bajan contra nosotros por la envidia: *Ascendit studio vanitatis, descendit, livore malignitatis*. Se propusieron subir, cuando siguieron al que dijo: *Ascendam, yo me elevaré y me haré semejante al Altísimo*. Pero rechazada su audacia, descendieron llenos de rabia y desesperacion, como lo dice San Juan en el Apocalipsis: ¡Ay de la tierra y del mar! porque el diablo descende á vosotros lleno de grande cólera: *Vae terræ et mari, quia descendit diabolus ad vos, habens iram magnam*. (2)

En efecto, por un nuevo rasgo del paralelismo, que no es

1. In Ps., *Qui habitat*, Ser. XII, n. 2.

2. Apoc., XII, 12.—Bossuet, *Sermon sobre los Santos Angeles*.

el ménos temible, la accion general de los demonios se individualiza como la de los ángeles buenos. Dios en su infinita bondad ha dado á cada reino, á cada ciudad, á cada hombre, un ángel tutelar encargado de velar sobre ellos y dirigirlos á su fin último, que es el amor eterno del Verbo encarnado. Así mismo, Satanás en su implacable malicia destina á cada nacion, ciudad y hombre, desde que existen, un demonio particular encargado de pervertirlos y asociarlos á su odio al Verbo encarnado. (1)

Esta delegacion satánica, fundada en el paralelismo riguroso de las dos ciudades, es un hecho de la historia universal. Los paganos lo conocian perfectamente. Sabian que en cada reino y en cada ciudad, como en cada individuo, presidian divinidades particulares. "Así como en el momento del nacimiento, decian ellos, espíritus diferentes se ponen en contacto con los niños, del mismo modo, en el día y hora en que se levantan los muros de una ciudad, llega un destino ó un genio, cuyo gobierno asegurará el poderío de la misma." (2)

Conocian por sus nombres á las divinidades tutelares de gran número de ciudades. El protector de Dódona era Júpiter; de Tebas, Baco; de Cartago y de Samos, Júpiter; de Mycenae, Plutón; de Atenas, Minerva; de Delfos, centro del mundo, Apolo; de los bosques de la Arcadia, Fauno, de Ro-

1. Sicut enim cuilibet homini á natiuitati assignatur á Deo angelus bonus ad custodiam; ita eidem á Lucifero angelus malus ad tentationem. Et sicut cuilibet regno assignatur á Deo angelus bonus ad tutelam, quasi praeses; ita eidem á Lucifero assignatur angelus malus praeses, qui regni statum turbet et evertat. *Corn. á Lap., in Dan., x, 13,*

2. Sicut variae nascentibus, inquit,
Contingunt pueris animae, sic urbibus adfert
Hora diesque, quum primum maenia surgunt,
Aut fatum aut genium, cujus moderamine regnent.
Prudent., Adv. Symmach., lib. II.

das, el sol; de Gnido y Pafos, Venus; y así de otras muchísimas (1).

Sabian que los dioses tomaban partido por sus protegidos, les asistian cen sus oráculos y los animaban con su espíritu. Todos los poetas, todos los historiadores, todos los ritos religiosos deponen en favor de esta creencia. Atribuian las victorias al favor de sus dioses; las derrotas á su enojo; tan persuadidos estaban de que el mundo inferior es dirigido por el superior (2).

Sabian que los dioses protectores estaban presentes en las estatuas, ó en los templos, *debidamente consagrados*; pero que la evocacion los obligaba á salir de ellos: "Sabemos muy bien, decian, que el bronce, el oro, la plata y demás materias de que hacemos las estatuas no son por sí mismas dioses y no las miramos como tales; pero honramos en las estatuas á aquellos que por la dedicacion sagrada son atraídos á habitar en los simulacros fabricados por mano de hombre (3)." ¿Y quién no verá en esta poderosa dedicacion la parodia de nuestros ritos sagrados, por los cuales se confiere cierta virtud sobrenatural á los objetos benditos?

1. Dodona est tibi sacra,
Junoni Samos et Mycena Diti
Undæ Tenaros æquorisque regi;
Pallas Cecropias tuetur arces, &

Martial, *Epigram. ad custod. hortor. apud Ansaldi, De Romana tutelarium deorum evocatione, c. 4.*—Véase también Alex. ab. Alex. *Lib. dierum genialium, c. 4.*

2. Mulciber in Trojam, pro Troja stabat Appollo:
Æqua Venus Teucris, Pallas iniqua fuit, &

Ovid. *Trist. Lib. I, eleg. 2.*

3. Neque nos æra, neque auri, argentique materias, neque alias, quibus signa conficiunt, eas esse per se deos, et religiosa decernimus numina; sed eos in his colimus, eosque veneramus quos dedicatio infert sacra, et fabrilibus efficit inhabitare simulacris. *Anrob adv. Gentes. vi.*

Si la dedicacion atraia los dioses á las estátuas, la evocacion ó *execracion* los hacia salir de ellas (1). Especialmente los Romanos tenian tal fé en el poder de la evocacion, que no vacilaban en atribuirle todavía la importancia de su imperio (2). De aquí los usos de que vamos á hablar.

En los diferentes pueblos de Oriente y de Occidente se encadenaban las estátuas de los dioses para que la evocacion no pudiera sacarlos de su santuario y hacerles abandonar el reino ó la ciudad colocados bajo su proteccion. "Las estátuas de Dédalo, dice Platon, están encadenadas. Cuando no lo están, se conmueven y se van; pero estando sugetas, el dios permanece en su lugar (3)."

Pausanias refiere, que habia en Esparta una antiquísima estátua de Marte, atada por los piés. "Al sugetarla de este modo, dice el grave historiador, habian querido los espartanos conservar este dios como defensor perpétuo de sus personas y república; y reteniéndolo como prenda, impedirle que jamás desertara de su causa (4)."

Y Plutarco: "Los Tirios pusieron gran cuidado en sugetar sus dioses. . . . cuando Alejandro fué á poner sitio á su ciudad. En efecto, gran número de habitantes creyeron oír en sueños á Apolo que decia: Lo que se hace en la ciudad me desagrada, y quiero irme con Alejandro. Pero esto, tratándolo como á un tráfuga que quiere pasarse al enemigo, encadenaron la estátua colosal del dios y la clavaron en la base, llamando á Apolo *Aleandrino*." (In *Alex*).

1. Desacratís igitur evocationis ope simulacris, vacuæ credebantur deorum spiritu, et omni destitutæ virtute illæ sedes. Ansaldi, *ibid*, p. 24.

2. Véase Min. Felix, *Octav.*, y Ansaldi, *ibid*.

3. Dædali signa nisi religata fuerunt, abire et fugam arripere, ubi vero revincta sunt, consistere. In *Menone*, apud *Philipp. Camerar.*, *Medit. hist.*, par. II, c. IX.

4. In *Menone*, apud *Philipp. Camerar.*, *Medit. hist.*, par. II, X.

Homero afirma, que los trípodes de Delfos andaban solos. (*Il.*, XVIII) Estos hechos y otros muchos prueban que los paganos creian en la eficacia de la evocacion. Y no se equivocaban. También la practicaban con frecuencia; sus altares y los nuestros dan fé de ello (1). Esta creencia universal explica la conducta de Balac, llamando á Balaan para maldecir á Israel.

El poder de la evocacion y los movimientos de las estátuas ó de los dioses se manifestaban, sobre todo, cuando el pueblo, la ciudad ó el templo estaban amenazados de alguna gran desgracia. Hablando de ciertas calamidades públicas, dice Estacio: "Voces terroríficas se dejaron oír en los santuarios, y las puertas de los dioses se cerraron por sí mismas (2)." Y Xifilino: "Se encontraron en el Capitolio muchas huellas grandes de los dioses que se iban; y los custodios dieron cuenta de que por la noche el templo de Júpiter se habia abierto por sí mismo con gran estruendo (3)."; Y Lampridio: "Se vieron en el Foro las pisadas de los dioses que se iban (4)." Y el historiador Josefo: "Algo antes de la ruina de Jerusalem se oyó en el templo una voz que decia: Vámonos de aquí, *migremus hinc*. En la antigüedad

1. Plin. *Hist.* lib. 28, c. 9; Festus, *In peregrin*; Virgil. *Æneid.* lib. 2; Macrobius, *Saturnal.* III, 9; Horac. *Carmin.* lib. 2, oda I.; Ovid., *Fast.* 6; Petron. *Satyricon*; Stacio, *Thebaid.* lib. II, v. 8, 10; Claudian., *De Probo et Olibr. coss.*; Tertull. *Apolog.* x; Prudent., lib. 2 *adv. Symmach*; S. Ambr., *epist. ad Valent. adv. Symmach*; &c.

2. Terrificæque adytis voces. clausæque deorum Sponte fores. *Thebaid.* lib. 7.

3. Inventa quoque sunt in Capitolio multa et magna vestigia deorum excedentium; renuntiatumque est á vigilibus ea nocte templum Jovis sua sponte magno cum fragore apertum esse. In *Vitellium*.

4. Vestigia deorum in Foro visa sunt exeuntium. In *Commod.*

pagana, este mismo fenómeno se verificó millares de veces (1).

Se verificó también, según el testimonio de Lucano, en una de las circunstancias más memorables de la historia romana. Antes de la batalla de Farsalia, Pompeyo conoció que los dioses y los destinos de Roma, evocados por César, le habían á él abandonado (2).

Era igualmente conocido que los dioses permanecían inmóviles y la evocación sin efecto, si no se pronunciaba el nombre propio, el nombre misterioso de la ciudad ó el lugar, de donde se les quería hacer salir (3).

Esta tradición, común al Oriente y al Occidente, se resume en dos hechos que iluminan toda una fase de la historia romana. Macrobio trae este verso de Virgilio: "Salieron de sus santuarios y de los altares abandonados todos los dioses tutelares de este imperio." Después añade: "Del fondo de la más remota antigüedad romana y juntamente del secreto de los más ocultos misterios ha salido esa palabra. En efecto, consta que todas las ciudades están bajo la guarda de algún Dios, y es costumbre entre los romanos, costumbre secreta y desconocida del vulgo, que cuando ponen sitio á una ciudad, de que tienen esperanza de apode-

1. Quod millies factum esse tradidere scriptores. Vid. Bulenger, *De prodigiis veter.*, c. 48.

2. Transisse deos, Romanaque fata
Senserat infelix.

Pharsal. VII.—Todo esto no era más que la parodia anticuada de las estatuas cristianas, que han cambiado de sitio.

3. Spiritus enim numquam ejiciuntur, nisi nomen loci proprium audiant... et hoc pacto nulla unquam spirituum [Romæ] evocatio fieri potuit, *Camer, ibid.*, c. x, p. 37.—Así, en la Ciudad del mal las ciudades tenían un nombre vulgar que todos conocían, y otro nombre misterioso, puesto sin duda por el demonio, y cuyo conocimiento estaba reservado, bajo graves penas, á un cortísimo número de iniciados.

rarse, invocan por medio de un encanto, *carmen*, á los dioses tutelares. Sin esto, ó no creerían poder tomar la ciudad, ó considerarían como un crimen hacer prisioneros á sus dioses. Ved por qué los mismos Romanos han querido, que la divinidad protectora de Roma y el nombre misterioso de esta su ciudad fuesen completamente desconocidos hasta de los más sábios. No querían, que alguna indiscreción permitiese á nadie del mundo hacer contra ellos la evocación, que ellos habían hecho frecuentemente contra sus enemigos (1)."

El nombre misterioso, el nombre *mágico* de Roma, no era Roma. ¿Cuál pues era? Nadie lo sabe al presente. Aun entre los Romanos ese nombre era apenas conocido de algunos iniciados, á quienes bajo pena de muerte estaba prohibido revelarlo. Varrón, Plinio y Solino nos enseñan que en tiempo de Pompeyo, un eruditísimo tribuno de la plebe, Valerio Sorano, por haberlo pronunciado un día, fué inmediatamente ajusticiado en cruz (2).

1. Excessere omnes, adytis arisque relictis,
Di quibus imperium hoc steterat.

Et de vetustissimo Romanorum more et de occultissimis sacris voz ista prolata est. Constat enim omnes urbes in alicujus Dei esse tutela, moremque Romanorum arcanum et multis ignotum fuisse, ut, cum obsiderent urbem hostium eamque jam capi posse confiderent, certo carmine evocarent tutelares deos: quod aut aliter urbem capi posse non crederent, aut, si posset, nefas æstimarent deos habere captivos. Nam propterea ipsi Romani et deum in cujus tutela urbis Roma est, et ipsius urbis latinum nomen ignotum esse voluerunt. . . . Ipsius vero urbis nomen etiam doctissimis ignotum est, caventibus Romanis ne, quod sæp. adversus urbes hostium fecisse se noverant, idem ipsi quoque hostili evocatione paterentur, si tutelæ tuæ nomen divulgaretur. *Saturn.*, lib. III, c. IX.

2. Superque Roma ipsa, cujus nomen alterum dicere, arcanis cæremoniis nefas habetur, obtimaque et salutari fide abolitum enunciauit Valerius Soranus luitque mox penas. Non alienum